

DE LA HUMILDAD.

PRIMER EXÁMEN.

De la humildad en general.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor que, viendo el grande amor que su Padre tiene por la humildad, descien­de sobre la tierra y se hace hombre como nosotros, oculta su sér divino, vela todas sus perfecciones, se sujeta á nuestras enfermedades y se cubre de la apariencia del pecado, lo que san Pablo llama abajarse hasta la nada. *Semetipsum exinanivit, formam servi accipiens.* (Philip. c. II, 7).

Rindamos nuestros homenajes á este divino Salvador en este estado; cuanto más El se abate por nosotros, tanto más debemos mostrarle nuestro amor y nuestro respeto: *Quanto pro me vilior, tanto mihi carior.* (S. Bern. I, de *Epiph. Dom.*).

SEGUNDO PUNTO.

La humildad es una virtud que hace que el hombre, conociendo sus propias miserias, no se trate sino con menosprecio, y que guste que los demás le conozcan y le traten del mismo modo. Examinemos

cuáles han sido sobre esto nuestras disposiciones.

¿Hemos nosotros pensado muchas veces, como el Espíritu Santo nos lo exhorta, que nosotros no somos sino ceniza y podredumbre; y no hemos evitado hacer atencion sobre nosotros mismos á fin de no conocer esta verdad?

En vista de nuestra propia abyeccion y de lo que nosotros somos en nuestro fondo, ¿hemos concebido sentimientos de bajeza de nosotros mismos, y nos hemos tratado de una manera conforme á nuestra miseria?

Cuando los otros han conocido lo que somos, y en seguida nos han tratado con el menosprecio merecido, ¿hemos sido entonces contentos ó al menos hemos conservado la paz, á ejemplo de los Santos, que jamás se turban en las humillaciones?

Cuando les hemos sufrido en paz, ¿lo hemos hecho en vista de que nos hacen justicia y que esto no es sino lo que merecemos?

¿Y no hemos obrado así por una especie de insensibilidad, por bajeza de alma ó por defecto de valor, que parecíamos pacientes en los menosprecios y en los malos tratamientos?

¿No lo hemos hecho por hipocresía, por adquirir reputacion de humildes y por ser estimados más virtuosos de lo que somos?

En fin, el amor de nuestra propia abyeccion, y el deseo de agradar á Dios y de mostrarnos conformes á Jesucristo, ¿es lo que nos hace abrazar con gusto todas las humillaciones que nos vienen por orden de la Providencia?

TERCER PUNTO.

¡Dios mio! cuando yo pienso que la humildad es la virtud propia de vuestros hijos, que ella es su caro, su único y su amado bien, yo estimo entonces muy dichosos á los que la poseen! Haced, ¡oh Dios mio! que yo ame de tal manera las abyecciones y que me complazca tan cordialmente en mis enfermedades, que pueda decir con el Apóstol: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi.* (II Cor. XII, 9).

SEGUNDO EXÁMEN.

De la estimacion y del amor que debemos tener á esta virtud.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Corazon de Jesús todo penetrado de estimacion y de amor por la santa humildad. Las pruebas que nos da de esto son admirables. El nace en la bajeza, vive en la abyeccion, muere en la ignominia, no se complace sino con los

humildes, y á ellos solos promete su gloria. En fin, El no dispone su descenso á la tierra sino para enseñar la humildad: *Discite à me, quia mitis sum et humilis corde.* (Matth. XI, 29).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cuál es la estima y el amor que nosotros tenemos por la humildad.

¿La hemos nosotros mirado, á ejemplo de los Santos, como la fuente, el fundamento y la raíz de todas las virtudes, como el verdadero asiento de la gracia, como la semilla de la gloria y el carácter de los elegidos?

¿La hemos apreciado más que la salud, que los talentos, que la reputacion y que todos los bienes del mundo?

¿Hemos sentido por ella tantos deseos como tenemos por las cosas que más amamos y más estimamos?

¿Hemos hecho con gusto nuestras meditaciones y nuestras lecturas espirituales sobre esta virtud?

¿La hemos pedido á Dios con instancia, y buscado sinceramente los medios de adquirirla?

En lugar de dejarnos llevar por los sentimientos del mundo, el cual menosprecia y huye de las personas que gustan de la humillacion, que aman la vida reti-

rada y que se gozan de tomar parte en los oprobios de Jesucristo, ¿les hemos estimado dichosos como lo son aquellos que sobre la tierra son más favorecidos de sus gracias, y que en el cielo tendrán más parte en la gloria de los Santos?

En las ocasiones que se presentan de conversar con el prójimo y de prestarle algun servicio, ¿hemos preferido algunas veces, por amor y por estimacion á la humildad, los más pequeños y los menos notables, á los más grandes y á los que lo parecen así á los ojos del mundo?

¿No es por defecto de amor y de estima por la humildad, que no buscamos sino la compañía y la amistad de las personas que se distinguen por su nacimiento, su condicion, sus talentos, ó por cualquiera otra ventaja que los enaltece sobre los demás?

¿Nos hemos complacido en tratar de esta virtud en las conversaciones?

¿Hemos procurado inspirarla amor? ¿Y hemos hecho notar su belleza y todo lo que pueda hacerla amable? *Omnes autem invicem humilitatem insinuate.* (I Petr. v).

En fin, ¿hemos pensado que la humildad no era propia sino de los claustros, y que ella se opone á la grandeza del valor, y que es incompatible con la mayor parte de los empleos?

TERCER PUNTO.

Dios mio, es necesario que Vos encontréis grandes atractivos y poderosos encantos en la humildad para que tengais tanta complacencia por los humildes (1), y para haber descendido al seno de María atraído por las bellezas de esta virtud (2). Llenadme ¡oh Dios mio! de los sentimientos y de las disposiciones que me tengan siempre cerca de ella, á fin de que en lo sucesivo, mirando como una gran dicha y una gracia singular las ocasiones de humillarme, yo las abrace con gozo y haga de ellas un santo uso: *Per omnia sentiens humiliter, humilibusque consentiens.* (P. Blesens. *De inst. Episc.*).

TERCER EXÁMEN.

Del conocimiento de sí mismo, que es el gran fundamento de esta virtud.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, que lleno todo como es de grandezas, de perfecciones y de riquezas de Dios su Padre, se conceptúa, no obstante, en calidad

(1) Humilia respicit. (*Psalm. cxxxix.*)

(2) Quia respexit humilitatem ancillæ. (*Luc. I, 48.*)
Humilitate concepti. (S. Bern. *I Hom. de laudibus Mariæ.*)

de hombre, como si fuese nada, y declara altamente por su Profeta que segun su humanidad es nada delante de Su Majestad soberana: *Et substantia mea tanquam nihilum ante te.* (Psal. xxxviii, 6). ¡Declaracion admirable digna de todo nuestro respeto!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros nos conocemos á nosotros mismos, y si ponemos bastante atencion á lo que somos en nuestro fondo.

¿Estamos persuadidos de que nuestro verdadero origen es la nada, y que la nada es nuestra única porcion?

¿Que el ser que Dios nos dió al sacarnos de ese abismo es tan frágil, y somos de él tan poco dueños, que volveríamos á esa misma nada si en todos los momentos no nos sostuviese El con todo su poder?

¿Que nos encontramos en una indigencia universal, en debilidad absoluta y en un estado de abyeccion digno de todo menosprecio?

¿Que de nosotros mismos no tenemos, ni somos, ni podemos nada, ni áun para concebir un buen pensamiento?

Non sumus sufficientes cogitare aliquid ex nobis, quasi ex nobis. (II Cor. iii, 5).

¿Que habiendo ofendido á Dios, nuestro pecado nos ha colocado más abajo aún que la misma nada, pues que el pecado añade

á ésta la rebelion contra Dios, y el pecador no es otra cosa que la nada rebelada y armada contra Su Majestad divina?

Nihil rebelle et in Deum armatum. (S. Amb.).

¿Que nosotros rebelándonos contra nuestro Soberano, merecemos ser privados de todas sus gracias, y ser abandonados á los deseos los más corrompidos, á las pasiones las más vergonzosas, á los crímenes los más abominables, á la más cruel persecucion de los demonios?

¿Que la corrupcion que hay en nosotros es tan grande, nuestras inclinaciones tan desarregladas, nuestras pasiones tan violentas, y nuestra tendencia al mal es tan universal, que apenas ejecutamos una buena accion que no sea manchada con algun defecto?

En fin, hemos nosotros creido, con un célebre Concilio, que no tenemos de nosotros mismos más que la mentira y el pecado (1), y que cualquier apariencia de riqueza que en nosotros haya no nos hace dejar de ser en el fondo sino miserables: *Dicis quod dives sum, et locupletatus, et nullius egeo: et nescis quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cæcus et nudus.* (Apoc. iii, 17).

(1) *Nemo habet de suo nisi mendacium et peccatum.* (Conc. Arausic. ii, 22).

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que en el sentir de los Santos no puede darse sólida humildad sin el conocimiento de sí mismo, escuchad á mi favor la súplica que san Agustin os hacia en otro tiempo, y que yo os hago ahora con instancia: *Noverim te, noverim me.* (Aug. *Soliloq.* 2): Dios mio, haced que yo conozca lo que Vos sois; Dios mio, haced que yo conozca lo que yo soy.

CUARTO EXÁMEN.

Del primer grado de la virtud de la humildad, que es estimarse en poco.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, en los bajos sentimientos que ha tenido de sí mismo al considerarse como hombre. El se estima tan poco, que se conceptúa como el oprobio del mundo y el último de todos los hombres: *Opprobrium hominum et abjectio plebis.* (Psalm. XXI). Y El muestra aún no atreverse á tomar la calidad de hombre, dándose por su Profeta la de un gusano de la tierra, que no es propio sino para ser hollado de los piés: *Ego autem sum vermis et non homo.* (Ibid.). Admiramos esta disposicion sorprendente del Corazon de Jesús, y rindámosle toda suerte de homenajes.

SEGUNDO PUNTO.

En el concepto de que nosotros no somos más que nada y pecado, ¿hemos concebido sentimientos de menosprecio para nosotros mismos?

¿Los hemos conservado en el tiempo en que Dios nos ha hecho más gracias, á ejemplo de la santísima Virgen, que jamás concibió sentimientos más profundos de su bajeza que en el momento en que fué elevada sobre todas las criaturas? *Ancillam se dicit Domini, quæ mater eligitur.* (S. Ambr. lib. 2 de *Luc.*).

¿No hemos perdido esos sentimientos cuando nos aplauden, y no nos hemos dejado deslumbrar por el brillo de las alabanzas, en lugar de humillarnos y decir con los Santos: *Qui me laudant me flagellant?* (S. Ignat. *ad Frallian.*).

¿Hemos tenido lástima de los que manifiestan tener estimacion por nosotros, viendo cuánto se engañan sobre nuestro concepto mirándonos del todo distintos de lo que somos?

¿Estamos profundamente persuadidos de que el pecado es de veras una cosa más vil que la nada, y que el pecador es de consiguiente lo que hay de más abyecto y detestable; y que por tanto cualquier menosprecio que tengamos de nosotros mismos no será nunca proporcionado, des-

pues de haber ofendido á la Majestad divina?

La experiencia que tenemos de nuestra debilidad, ¿nos mantiene en estos sentimientos de abyeccion y de desconfianza continua de nosotros mismos, estando bien convencidos que cualquiera tentacion, por pequeña que ella pueda ser, es muy capaz de perdernos?

Cuando nosotros nos encontramos abatidos ó desalentados en vista de nuestras miserias, ¿hemos procurado, para salir de este abatimiento, engañarnos á nosotros mismos, apartando nuestros ojos de nuestros defectos, para no fijarlos sino sobre lo que nos parece haber en nosotros digno de alguna estimacion?

En fin, cualesquiera que sean las dotes de naturaleza ó de gracia que Dios nos haya otorgado, ¿nos mantenemos bien afirmados en no abandonar nunca esos bajos sentimientos de nosotros mismos, considerando siempre esas dotes y talentos como un bien que no es propio de nosotros (porque no los tenemos sino en depósito), ni pueden ser por consiguiente un motivo legítimo para estimarnos más?

TERCER PUNTO.

Dios mio, yo tengo mucho de que humillarme sin salir de mí mismo, como Vos me lo enseñais por el Profeta: *Humiliatio*

tua in medio tui. Mas si yo puedo ser humilde por mis miserias, yo no puedo ser humilde sino por vuestras misericordias. Hacedme esta gracia, oh mi Dios, á fin de que desengañado de las vanas ideas de que he estado lleno hasta el presente acerca de mi propia estimacion, yo no tenga en lo sucesivo sino menosprecio para mí mismo: *Omnis propria reputatio, omnis aestimatio quantulacumque minima, in valle nihilitatis mee submergatur et pereat in eternum.* (De Imit. Chr. lib. 3, c. 8).

QUINTO EXÁMEN.

Del segundo grado de la virtud de la humildad, que es amar su propia abyeccion.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, llenando de tal modo á san Pablo de su espíritu de humildad, que este Apóstol toma un placer singular en lo que le es más humillante, y pone su gozo en sus propias enfermedades: *Placeo mihi in infirmitatibus meis.*

Esto es lo que le hace hablar tan frecuentemente de sus miserias en sus epístolas, declarando que no obstante haber recibido en tan gran número gracias extraordinarias, él no veía, sin embargo, en sí mismo otra manera de gloriarse sino

esas mismas miserias (1). Admiremos estos sentimientos, y bendigamos á Jesucristo que se los dió.

SEGUNDO PUNTO.

La poca estima que tenemos de nosotros mismos en vista de nuestra propia abyeccion, ¿ha estado acompañada de paciencia, y hemos mirado sin disgusto todos los motivos de menosprecio que hay en nosotros?

Esta vista ¿nos ha vuelto melancólicos, y servido para mantenernos con un humor triste y lóbrego, que nos hace enfadosos y pesados á los demás y á nosotros mismos?

¿No es ella igualmente lo que nos ha hecho alejar del mundo, huir las compañías y buscar el retiro, imaginándonos falsamente que para ser humildes era preciso hacerse solitario y poco sociable?

¿Hemos mirado el menosprecio que se hace de nosotros, como una gracia que merece mucho ser deseada y pedida á Dios, y la cual nunca podrá reconocerse bastante?

¿Nos hemos estimado dichosos cuando nos acontece algo que nos humilla, diciendo de buena voluntad á Dios con el Profeta: *Bonum mihi quia humiliasti me?* (Psalm. cxviii).

(1) Pro me autem nihil gloriabor nisi in infirmitatibus meis. (II Cor. xii, 5).

¿Hemos puesto nuestra grande gloria en reconocer nuestras enfermedades y nuestras miserias, á ejemplo del Apóstol; considerando que el cristiano cuanto más se abate delante de Dios en vista de su nada, más excita á la Majestad divina á comunicarle abundantemente sus gracias?

Cuando hemos hecho reflexion que los otros tienen más talento que nosotros, que ellos están elevados en los honores y nosotros en la oscuridad, ¿nos hemos regocijado y bendecido á Dios por esto?

Nuestra inclinacion á menospreciarnos á nosotros mismos ¿ha sido tan grande que nos mantenga dispuestos á preferir en todas las ocasiones los empleos humillantes á los que fueran honrosos?

En fin, ¿estamos bien persuadidos de este concepto tan verdadero, á saber, que por nosotros mismos no somos nada, y que dependemos tan esencialmente de Dios en todas las cosas, que no podemos ni subsistir un solo momento, ni ejecutar la menor accion sin su socorro? *Sine me nihil potestis facere.* (Joan. xv, 5).

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que la verdadera humildad consiste en abismarse en su nada, á no salir de ella jamás y á buscar en este estado el centro de sus delicias; dadme parte, os lo suplico, en la gracia del real

Profeta, que ponía todo su placer y todo su gozo en menospreciarse á sí mismo y hacerse despreciable á los otros por nuestro amor. *Ludam et vilior fiam plus quam factus sum, et ero humilis in oculis meis.* (II Reg. vi).

SEXTO EXÁMEN.

Del tercer grado de la virtud de la humildad, que es tratarse con menosprecio.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor tratándose con el más grande menosprecio en la vida abyecta y humilde que lleva á los ojos de los hombres. Apenas nace en un establo, y ya es conducido á Egipto como á un lugar de destierro: si regresa despues á su patria, es para vivir en ella como un pobre artesano: si va á Jerusalem en sus últimos años, es para exponerse allí á todo género de ignominias y ser saciado de oprobios. *Sic abbreviavit se, sic humiliavit se, sic exinanivit se Deus majestatis, ut et vos similiter faciatis.* (S. Bern. *Serm.* 1 in *Nat. Dom.*).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros nos hemos tratado de una manera que corresponda á la poca estimacion que nos debemos y al

amor que debemos tener á nuestra propia abyeccion.

¿Nos hemos hecho una regla de no hablar jamás ventajosamente de nosotros, ni de todo lo que nos concierne, sin necesidad?

Cuando ha sido necesario hacerlo, ¿hemos tenido cuidado de mezclar alguna cosa que fuese capaz de oscurecer la idea ventajosa que se pudiera tener de nosotros?

¿Hemos evitado todas las ocasiones de aparecer trabajando de buena voluntad en los lugares más ocultos, y estimándonos muy honrados en los empleos más viles y de que huye todo el mundo?

¿Hemos buscado la compañía de aquellos que no hacen grande estimacion de nosotros?

¿Hemos creído con san Gregorio que se han mofado de nosotros cuando se nos tributan alabanzas, y hemos juzgado como él que Dios no permite que se nos den sino por castigo de nuestros pecados?

¿Hemos alejado de nuestra manera de hablar, de obrar, de conversar y de nuestro exterior, todo lo que tiene algun aire de elevacion y de grandeza? ¿Y hemos hecho lo mismo en lo que respeta á los vestidos, á los alimentos y á nuestros muebles?

¿Hemos tenido vergüenza de parecer con hábitos usados ó de tela ordinaria, temiendo pasar por personas de bajo naci-

miento, ó que no tienen recursos para tenerlos mejores?

¿Hemos tratado con honor y respeto á todos nuestros hermanos? ¿Les hemos mirado como si fueran nuestros superiores? ¿Nos hemos humillado hasta estimarnos menores que todos?

Cuando nos hemos portado con fidelidad en lo que Dios manda de nosotros, ¿nos hemos conceptuado (segun el aviso de nuestro Señor) como siervos inútiles, que no tienen motivo de queja cuando con ellos se usa alguna vez de rigor, y que reciben siempre como una pura gracia la recompensa que se les da?

En fin, ¿hemos tenido para nosotros esa dureza, esa indiferencia y esa especie de olvido que se tiene ordinariamente por las gentes vulgares y poco estimadas?

TERCER PUNTO.

¡Dios mio! ¡qué motivo de confusion para un pecador tener tanta complacencia de sí mismo, despues que todos los Santos se han tratado con tanto desprecio! Yo tomo la resolucion ¡oh Dios mio! de aprovecharme de su ejemplo, y de aplicarme seriamente á adquirir, por la práctica de las acciones más humillantes, esa divina y utilísima ciencia que consiste en saberse menospreciar á sí mismo: *Hæc est altissima et utilissima lectio, vera sui ipsius despectio.* (De Imit. Chr. lib. I, cap. II).

SÉPTIMO EXÁMEN.

Del cuarto grado de la virtud de la humildad, que es estar contentos de que nuestra abnegacion sea conocida.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo manifestándose en la tierra en un estado que no podia traerle sino menosprecio. Le era muy fácil cambiar por cualquiera manifestacion extraordinaria la vida oscura y comun que El habia escogido: no obstante, tiene tanto amor á la humillacion y á la abyeccion, que El no quiere ser conocido durante su vida sino bajo un exterior humilde y bajo las cualidades más abyectas: *Formam servi accipiens.* (Philipp. II, 7). *Vidimus eum non habentem speciem neque decorem.* (Is. LIII). Rindámosle nuestros homenajes y démosle gracias por este bello ejemplo que nos ha dado.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros estamos contentos de que sea conocida nuestra abyeccion y todo lo que nos puede dar confusion delante del mundo.

Cuando nos hemos apercebido de que no tenemos tanto juicio, tanta prudencia y espíritu, tanta ciencia y talento como nos imaginábamos y como nos lo habíamos

tratado de persuadir, ¿no hemos sentido mucho disgusto y mucha tristeza?

¿No perdemos la paz cuando nuestras debilidades, nuestras imperfecciones y los arrebatos de nuestro amor propio aparecen á los ojos de los hombres y hacen conocer lo que somos?

Cuando nosotros hemos tenido la desgracia de ofender á Dios, ¿hemos sido fieles (detestando severamente el pecado) para alegrarnos de la humillacion y confusion que esto nos ocasiona, y no hemos sido por el contrario del número de aquellos de quienes habla san Agustin: *Qui non erubuerunt de iniquitate et erubescunt de humilitate?* (S. Aug. lib. 50, Hom. 40, c. 4).

¿No hemos buscado vanas excusas para cubrir nuestras faltas, contra la costumbre de las almas verdaderamente humildes, que no se excusan jamás y son siempre las primeras en acusarse? *Qui non excusationem ruinosa elatione inquirunt, sed salubri humilitate suscipiunt accusationem sui.*

¿No hemos procurado muchas veces hacer pasar estas faltas por acciones de sorpresa, de inadvertencia ó de un primer impulso?

¿No las hemos achacado á los otros, á fin de hacerles llevar toda la confusion; y para mejor cubrirlas no hemos usado de dobleces, de disfraces, de artificio y puede ser aún de mentiras?

Esta tristeza, esta impaciencia y conmocion que sentimos algunas veces despues de nuestras culpas, ¿no tienen por motivo el no poder sufrir que sean conocidas nuestras debilidades? ¿Y no es la vergüenza de que ellas nos cubren, más bien que el sentimiento de haber ofendido á Dios, lo que nos hace sentir tanta emocion?

Si algunos por inadvertencia han venido á hablar desventajosamente de nosotros y á hacer conocer algun defecto que nos ocasiona confusion, ¿no hemos mostrado nuestro resentimiento, en lugar de celebrar que nos diesen ocasion de humillarnos?

¿No hemos sentido repugnancia para perdonarlos, aunque estas cosas no fuesen dichas sino á nuestros superiores, ó que no hubiesen tenido sino un motivo de buena intencion y de caridad?

En fin, en el temor de ser conocidos por tales como nosotros somos, ¿no hemos tenido mil veces más cuidados y precauciones para cubrir nuestras faltas que para evitarlas?

TERCER PUNTO.

Dios mio, que nos enseñais por un gran Santo que una alma verdaderamente humilde quiere que aparezca mejor su humillacion y vileza que su humildad: *Verus humilis vilis vult reputari, non humilis*

predicari (1); haced, os suplico, que ponga todos mis cuidados para entrar en esta disposicion, y para desear sin pena y sin repugnancia que mis miserias sean conocidas.

ÚLTIMO EXÁMEN.

Del quinto grado de la virtud de la humildad, que es complacerse en ser tratado con desprecio.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo complaciéndose en los menosprecios y en las ignominias. El deseo que El tiene de sufrirlas le hace suspirar sin cesar por que se acerquen los últimos momentos de su vida, donde El debe ser saciado de oprobios (2). Y cuando llegaron esos dichosos momentos concibe tanto gozo, que conceptúa por nada sufrir los tratamientos más vergonzosos que hubo jamás para consumir su sacrificio: *Cum gaudio sustinuit crucem, confusione contempta*. ¡Cuán bien merece este bello ejemplo toda nuestra gratitud!

(1) S. Bern. (Serm. xvi in Cant.).

(2) *Saturabitur opprobriis*. (Thren. ii). *Quomodo coarctor usque dum perficiatur*. (Luc. xii).

SEGUNDO PUNTO.

La humildad perfecta demanda complacerse en los menosprecios, y que se sufran con gozo cuando sobrevienen. ¿Cómo nos hemos nosotros comportado en esto?

1. ¿Nos hemos dejado llevar de los movimientos de impaciencia y de cólera, cuando recibimos algun mal tratamiento y cuando nos vemos menospreciados?

¿No hemos nosotros devuelto injuria por injuria, desprecio por desprecio y burla por burla?

Y cuando no hemos hecho aparecer nuestro resentimiento, ¿no le hemos casi siempre conservado en el corazon, manteniendo una animosidad secreta, y aún algunas veces prolongándola por un tiempo considerable?

2. Y cuando hemos sido fieles para sofozar enteramente nuestros resentimientos, ¿no hemos conservado aún mucho disgusto, tristeza y melancolía, sobre todo cuando no hemos podido excusar la abyeccion que nos causara el menosprecio que habíamos recibido?

Cuando no se atiende á lo que decimos, ó se nos rehusa lo que se otorga indiferentemente á todo el mundo, ó se nos niega la deferencia y consideracion no obstante que se lisonjea mucho á los otros, que se piensa continuamente en ellos,

mientras se olvidan de nosotros; ¿no hemos tenido mucha repugnancia para sufrir esta suerte de tratamientos?

¿No hemos murmurado interiormente contra nuestros superiores, suponiéndoles predispuestos caprichosamente, cuando lo que quieren es probarnos por mandatos imperiosos, por austeras reprimendas ó por avisos humillantes?

3. ¿Hemos sido bastante humildes, no solamente para no tener pena á causa de esos menosprecios, mas tambien para amarlos y sufrirlos en paz y con alegría? *Ama nesciri et pro nihilo reputari.* (Imit. Chr. lib. 1, c. 2).

A fin de corroborarnos en esas disposiciones, ¿hemos considerado que las afrentas, las injurias y las calumnias son un gran remedio contra nuestro orgullo, y que siendo pecadores no merecemos otros tratamientos, y que al pasar por estas pruebas nos hacemos conformes con Jesucristo?

En fin, para tener una entera conformidad con nuestro Señor, y para imitar más perfectamente su humildad, ¿hemos deseado como El las confusiones y los desprecios? ¿Los hemos recibido como venidos de la mano de Dios, que los permite para nuestro bien y para su gloria; y hemos pedido por los autores de ellos?

TERCER PUNTO.

Dios mio, bendecid la resolucion sincera que yo tomo de complacerme en adelante en los menosprecios, de abrazarlos con amor y de soportarlos con alegría, segun el ejemplo que Vos me habeis dado por Vos mismo y por vuestros Santos: *Ibant gaudentes... quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* (Act. v, 41).

PRIMER EXÁMEN.

Del orgullo en general.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Dios en el juicio que ha hecho contra el orgullo en la persona de Lucifer y de todos los que participan de su crimen. Apenas estos rebeldes, llenos de propia estimacion y de complacencia de sí mismos, hubieron concebido el primer pensamiento de elevarse sobre Dios arrebatándole la gloria que El reserva para sí solo, los precipita desde lo más alto de los cielos hasta lo más profundo de los infernos, y los hace pasar en un momento de una extremidad de dicha á una extremidad de miserias. Admiremos esta conducta, y temblemos á vista de un castigo